

RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA, *Política y Sociedad en el primer Unamuno, 1894-1904*. Madrid, Edit. Ciencia Nueva. 1966.

Quizá a raíz del estudio de Antonio Sánchez Barbudo sobre la interioridad de Unamuno y su significación, la atención de los investigadores se ha concentrado en la búsqueda y revisión del Unamuno anterior a 1900. Y es en verdad un período riquísimo cuyo esclarecimiento presenta aún hoy interesantísimas posibilidades, incluso si se consideran los aportes decisivos de Armando Zubizarreta, M. García Blanco, Carlos Blanco Aguinaga y otros distinguidos investigadores. La coherencia de este momento es posiblemente la más ardua de encontrar en toda la vida de Unamuno. Las sospechas se han hecho crecientes al estudiar las preocupaciones y la formación ideológica y política de don Miguel. Antes de un artículo de Carlos Blanco Aguinaga aparecido en el nº 41 de la Revista de Occidente con el título de *El socialismo de Unamuno*, agosto del 66, teníamos la sospecha creciente de la importancia de Hegel, no sólo ya en sus primeros escritos sino también en el *Cancionero Poético*. Esta vinculación ya la había señalado el mismo Blanco Aguinaga en su gran libro *El Unamuno Contemplativo*. Desconocemos su *Filosofía Lógica* de la que el mismo investigador afirma en el artículo citado: "En resumen: Este primer intento filosófico del joven Unamuno (tenía entonces veintidós años) es inconcebible sin Hegel; pero hemos de entender que al decir Hegel hablamos del padre de la dialéctica y —por más que Kierkegaard no quisiera reconocerlo— del filósofo, in el cual no sería posible la "filosofía de la existencia". Añádase lo de sobra sabido: que sin Hegel no sería posible el marxismo, y estamos hablando no sólo del más importante filósofo moderno, sino del que más influyó en Unamuno" (Artículo citado, nota 27, p. 183). El mismo señor Aguinaga dice en otra nota: "Trabajo ahora en un estudio sobre *Entorno al casticismo* en el que espero poder aclarar hasta qué punto es imposible entender esos cinco ensayos sin tener en cuenta a Hegel y a Marx, como hasta aquí hemos hecho".

Rafael Pérez de la Dehesa emprendió la ímproba tarea de una revisión acuciosa y responsable de este perfil decisivo de Unamuno. Y lo ha llevado a término con el apoyo del investigador antes citado: "Debemos especial reconocimiento a Carlos Blanco Aguinaga por la lectura del manuscrito de este trabajo y por sus fundamentales sugerencias y orientaciones". Su investigación debe considerarse, además, como consecuencia de su estudio sobre Joaquín Costa y su influencia sobre el 98. "La importancia de los datos recogidos, nos impulsó a adentrarnos en el examen de las ideas políticas, sociale y estéticas de Unamuno entre 1894 y 1904. Al hacerlo,

hemos utilizado el método rigurosamente cronológico que tan excelentes resultados ha dado para el estudio de sus ideas religiosas”.

En el hecho el libro es una apertura mayor a un estado del pensamiento español, porque se considera el pensamiento político de Unamuno dentro de dicho contexto. El trabajo está estructurado con los siguientes capítulos: i. La estructura política de la Restauración; ii. La década 1890-1900; iii. El Partido Socialista hasta 1900; iv. Unamuno y el socialismo, donde, entre otros acápites, figuran las colaboraciones de Unamuno en revistas socialistas españolas, en el semanario *La lucha de clases*; v. Anarquismo y crisis religiosa, capítulo que revisaremos; vi. Principales influencias en el pensamiento político y social de Unamuno hasta 1900 (Hegel, Marx, Spencer, Loria, Henry George, Nitti, los Krausistas, Costa). Por desgracia este aspecto decisivo, especialmente en lo que se refiere a la influencia de Hegel y Marx, no pasa de una muy somera alusión a los contactos de Unamuno con esas grandes figuras. Deja el análisis de esta cuestión a los artículos de Blanco Aguinaga y a un libro de próxima aparición. Deja el capítulo, sí, demostrada la complejidad enorme de capas de dirección paralelas de influencias y del rigor metodológico con que habría que tratarla para establecer reales deslindes. Afirmaciones como las siguientes y la ya reiterada influencia hegeliana producen estupor: “Aunque Loria no fue propiamente un marxista, influyó en gran número de pensadores socialistas y es, con Marx, la figura que más huella dejó en las ideas sociales de Unamuno”; vii. Ideas políticas y sociales de Unamuno hasta 1900. Es sorprendente aquí, como en otros planos de su pensamiento, la extraordinaria clarividencia y modernidad que cobra para nosotros su problemática social. Es especialmente llamativa su idea del problema agrario, el de la propiedad de la tierra. Veía en esto el principal obstáculo de desarrollo social que radicaliza en un sentido marxista ca i ortodoxo. Puede consultarse con sorpresa el párrafo cuarto: Economía e historia. El problema agrario; viii. Problemas y movimientos políticos e intelectuales del momento; ix. El panorama político español entre 1900-1904; x. La crisis intelectual de Unamuno de 1900 y 1901. Esta crisis estaría caracterizada por su cambio de signo frente al pueblo español, por su pérdida de la fe en él, proceso que es culminación de su remoción interna de 1897. El libro se cierra con el capítulo, xi. Política y Literatura. Se reconocen como decisivas las influencias de Ruskin y William Morris. Asimismo, la intensa huella de Carlyle ya analizada por Carlos Clavería. Su admiración es por los dos primeros, quizá por el matiz socialista de sus afirmaciones fundamentales y donde encontró una confirmación a escala europea de sus propias ideas. Unamuno expuso sus ideas estéticas, entre otros, en dos textos importantes: La regeneración del teatro español y sobre el cultivo de la demótica. Unamuno opinó sobre temas estéticos profusamente, aunque fuera de la época que el libro abarca. Unamuno en éste aplica sus notables ideas sobre conciencia o plano formalizado y conciencia íntima, que se puede aplicar tanto a la poesía popular como al teatro. No queremos recurrir a una posible tónica que se advierte de manera muy clara en la concepción historiográfica y filológica en España. El lector atento podrá advertir las implicaciones en el texto que el señor Pérez cita: “No es posible que el pueblo todo dé forma a un sólo pensamiento poético; necesitaba siempre de órgano individual, de poeta. El pueblo da la materia; la forma la da un poeta..

¿Qué es, después de todo, el genio poético en la más profunda y genial de sus manifestaciones? Es el individuo más pueblo, el que mejor resume el espíritu de las muchedumbres, el que hace en sí pensamiento individual y concreto los vagos

anhelos sociales, el que satisface a la materia poética popular, que, como toda materia, aparece forma”.

Las implicaciones generales de una tal concepción y la matización concreta son indudablemente del mayor interés.

Volveremos finalmente a un problema cuya vertebración produce casi siempre en lo que respecta a Unamuno posiciones antitéticas. Este es la continuidad de un fondo de religiosidad y su posición política. Parece indudable que la discusión de la coherencia del pensamiento de Unamuno sigue siendo y en qué sentido, un problema capital aunque las contribuciones son ya hoy sumamente estimables. Este punto cardinal es tratado en el capítulo v. Sánchez Barbudo ha escrito con validez sobre este asunto. También lo ha hecho Armando Zubizarreta. El señor Pérez escribe: “Surge el problema de establecer hasta qué punto la ideología socialista de Unamuno pudo interferir su acercamiento a la religión. Al parecer, y de acuerdo con las noticias que él nos da en su diario inédito, la contestación debe ser negativa. Afirmaba en él que su “con tante propaganda por el socialismo elevado, noble, caritativo” había sido una “bendición” para su alma, que había así conservado, por gracia divina, un fondo de nobleza y de abnegación”.

Armando Zubizarreta, en sus excelentes ensayos “Desconocida antesala de la crisis de Unamuno: 1895-1896” y “La inserción de Unamuno en el cristianismo: 1897” establece como años de “radical humanismo ateo” el período de 1882 a 1886, y en otro aspecto hasta 1895 (¿mayo?) y dos años, 1895 y 1896, que sirven de antesala a la inserción en el cristianismo de marzo de 1897. Estos dos últimos años estuvieron caracterizados por una intensificación de sus preocupaciones religiosas. Parece deducirse de estos ensayos que el “humanismo ateo” de Unamuno y su acercamiento a la religión son dos procesos divergentes; que la búsqueda de la fe religiosa significó un alejamiento de ese humanismo. Creemos, sin embargo, que un mejor conocimiento de su época socialista exige una revisión de ese esquema”. El señor Pérez considera que son procesos convergentes, que existiría una conjunción entre humanismo ateo y religión, que hay alejamiento del socialismo.

Unamuno escribía, sin embargo a Arzadún...”. Lo malo del socialismo corriente es que se da como doctrina única y olvida que tras el problema de la vida viene el problema de la muerte... Del seño mismo del problema social resuelto (¿se resolverá alguna vez?) surgirá el religioso: “La vida ¿merece la pena vivirla?”. Le decía a Azorín en 1898: ¿Para qué he de luchar por la emancipación de los hombres que al morir vuelven a la nada? (Charivari en casa de Unamuno). Nuestro problema es sistemático. No hay posible relación entre humanismo ateo e inserción en el cristianismo. La pregunta escatológica de Unamuno carecería de sentido o lo tendría pleno según la perspectiva que se adoptase. El método puramente cronológico, no permite por esencia una definición taxativa en este campo y así pensado este libro, que es un esfuerzo sincero, no siempre coherente, significa una incitación muy valiosa para hacerse preguntas metodológicas y para mantener, con nuevos aportes, abiertas la vitalidad de ciertas reflexiones.

ELADIO GARCÍA C.